

Juana Manuela Gorriti

María Gabriela Mizraje

A mi amiga y colega Beatriz Urraca

Cuando las luchas excedían las fronteras del país, porque en Sudamérica toda había sonado la hora de liberarse, nace en Salta Juana Manuela Gorriti, hija de una dama considerada ejemplar, Feliciano Zuviría y de un guerrero argentino de la Independencia, en una fecha que oscila entre 1816 y 1818¹. No sólo su padre, el general y político José Ignacio Gorriti, sino también sus tíos paternos son figuras destacadas en la gesta patriótica. Es casi mítica la figura de Francisco, el *Pache* Gorriti y emblemática la del canónigo José Ignacio. Así lo recuerda ella misma en algunos de sus pasajes de memorias.

De sólida instrucción (en la que influye también la línea materna, especialmente a través de las enseñanzas de su tío Facundo Zuviría), raigambre religiosa y ausencia de pacatería, está en la vanguardia cultural de su época y encarna como mujer un proyecto nuevo que va a contramano de las costumbres decimonónicas.

Juana Manuela se convierte en una profesional de la literatura. Y más que eso, es una pionera en muchos aspectos. Original y originariamente en estas tierras, es la escritora que vive de las letras –de pronto la hallamos enseñando, de pronto publicando un libro bajo los amparos de una Compañía de Seguros llamada «La Buenos Aires», de la que además se habla en el interior del mismo–. Más allá de que *Oasis en la vida* (1888) sea prácticamente una obra menor entre las suyas, este vínculo exhibido entre escritura y condiciones de edición, o dicho de otro modo, entre literatura y mercado implica un rasgo de modernidad poco común.

Transcurre la década del 80, pero Gorriti no es una escritora típica de esa famosa generación argentina. Tampoco lo es, en rigor, de la llamada «generación del 37», a pesar de que ciertos recursos suyos sean asimilables

¹ Entre otras referencias, una citada carta del canónigo y político Gorriti nos remite a 1816, mientras que la ficha del cementerio, inédita hasta hoy, que he hallado, dice textualmente «ingresó el 7-11-1892, a la edad de 74 años», lo cual avalaría la datación en 1818.

a los de producciones del período. Su literatura se extiende entre dichas generaciones con una voz paralela, y no dialoga tanto con ellas. Pues –aunque la figura de Rosas, por ejemplo, determine alguno de sus eslabones– la gran huella incaica la vuelve definitivamente singular.

Su escritura se reparte entre el potente llamado de la historia y el eco envolvente de la leyenda. Mucho de la historia, antes o después, llega desde o hasta una Buenos Aires inquieta, creciente; mucho de la leyenda bajará de los Andes, del altiplano, de esas pausadas soledades. Piedras, cuevas y animales, en este caso; monumentos, calles, claustros en aquél. Insoslayable «El pozo del Yocci» –una de sus mejores piezas, de 1869– para lo uno; inolvidable «El guante negro» (1861) para lo otro.

Gorriti se ubica en el centro del romanticismo y toda su narrativa se despliega bajo ese sello. La languidez, la tristeza, las sombras y los contrastes son rasgos que la caracterizan. Está atenta a los movimientos y acontecimientos culturales del mundo, tanto del resto de Latinoamérica como de Estados Unidos y de Europa. Es la anfitriona de viajeros que visitan nuestra orilla con sus piezas musicales, sus voces, sus obras de arte o sus libros.

Dentro del campo literario argentino, Juana Manuela Gorriti es quien prueba realmente el formato de novela, desentendiéndose del modelo del folletín y alcanzando la *nouvelle* (aunque entre nuestras mujeres, la novela propiamente dicha llegará de la mano de Juana Manso). También, en el marco de lo que la literatura publicada (es decir, civilizada y blanca) de la época registra, es precursora en el tratamiento de la cuestión indígena.

La herencia oral la ha marcado para siempre, tanto como la cultura letrada; dicha oralidad a menudo es legada por la gente de servicio que circula por su familia a lo largo de su infancia y adolescencia. Gorriti es fiel a esos testimonios en el interior ya de sus textos de recuerdos biográficos, ya de sus ficciones.

Hay un sonido que saben alcanzar los vientos y que puede escandirse a través de las palabras de Juana Manuela Gorriti, como un silbido. La vihuela, la quena, el yaraví, «El secreto de los peñascos o el chifle del indio» lo reconocen. Ese sonido se cuele y parece angostar ciertas frases, tiene la cadencia del quechua o el aymará.

Juana Manuela está atravesada por los cerros de la provincia de origen, baste ver ese dilatado universo que constituye *El mundo de los recuerdos* de 1886 o su homenaje de *La tierra natal* en 1889. Un par de figuras entrañables y heroicas resaltan en el momento de circunscribir Salta con su lápiz. El general Martín Miguel de Güemes, amigo y compañero de su padre, quien la bautizara en sus primeros años «la flor de la maleza» y al

cual va a dedicarle más de un texto: «Güemes; Recuerdos de la infancia» (1861) y un lugar de honor en sus *Perfiles* (1892). Y Dionisio de Puch, el otro general rescatado y querido, para quien escribe y reescribe una biografía que verá dos ediciones en París, en 1868 y 1869, y con cuya familia ha quedado emparentada políticamente.

Asimismo a Gorriti la habitan los paisajes de sus otras ciudades amadas, sobre todo las de Bolivia y Perú (Tarija, Sucre, La Paz, Cochabamba, Arequipa, Lima, entre tantas en las que se detiene), para lo cual es suficiente acudir a su *Misceláneas* de 1878, libro curioso y fascinante que, como su largo subtítulo enseña, incluye *Colección de leyendas, juicios, pensamientos, discursos, impresiones de viaje y descripciones americanas*. En él pueden recorrerse «Leyendas andinas» o «Escenas de Lima», como una guía histórica y ensoñada de la mano de alguien que conoce el escenario por haberlo palpado y grabado pero también proyectado más allá de las fortalezas de los tiempos.

Misceláneas se presenta en continuidad con *Panoramas de la vida* de 1876, cuyo subtítulo nos indica igualmente el derrotero: *Colección de novelas, fantasías, leyendas y descripciones americanas*, y al cual la composición se asemeja en varios aspectos (por ejemplo, al incluir la sección de «Veladas de la infancia»). Pero en el libro del 76 hay un recorrido escriturario y geográfico incomparable, el de «Peregrinaciones de una alma triste» [sic], su pieza ficcional de más largo aliento, la que concentra una zona neurálgica de su producción y lleva a su punto más desarrollado el sistema de relaciones entre mujeres y de la transmisión de una historia.

En ambos países limítrofes, Bolivia y Perú, la autora vive no sólo largos períodos sino acontecimientos fundamentales: llega a ellos escapando de sendas persecuciones políticas a los hombres con los cuales le toca compartir su destino. Un paralelo con signo inverso, porque, declarados los Gorriti «reos de la patria» por el gobierno federal, en el primer caso abandona Argentina (1831) huyendo de un caudillo –Facundo Quiroga– junto a su padre; luego (1847) huye con otro caudillo –Manuel Isidoro Belzú– que es su esposo desde 1833, hacia tierras peruanas, porque el coronel sublevado está bajo sentencia de muerte en su patria.

Su lugar restante es Buenos Aires, tierra en la que muere y con la que mantiene una relación algo conflictiva, sea por el clima que daña sus delicados bronquios, por el entorno cultural y político, o por el exceso de movimiento, la capital de la Argentina no parece ser el sitio de su mayor resguardo o placidez. Sin embargo, es un punto inevitable y su circuito de relaciones aquí le permite también muchas experiencias importantes, como la merecida edición en vida de la totalidad de sus libros escritos y la pron-

ta aparición póstuma de aquel con el que se sostuvo hasta el último aliento y que constituye una pieza única de la literatura decimonónica, *Lo íntimo* (c. 1893).

Este cuaderno compuesto de fragmentos de corte autobiográfico que atraviesan casi dos décadas (1874-1892) es singular en tanto testimonio de su posición como mujer, de sus pasiones, sus vaivenes, sus saltos en el mapa y en el calendario. Se traza un derrotero levemente desprolijo en lo que a cronologías y espacios se refiere, porque la narradora escribe salteado y reordena, con una lógica que más responde a la de la memoria que a la de la inmediatez del acontecimiento, aunque ambas dimensiones conviven. La obra es destacable por lo que ella elige y lo que olvida, sobre todo aquello que silencia deliberadamente, datos de su propia existencia que sabía bien que sus lectores querían o querrían conocer de primera mano. Por ejemplo, acerca de los hombres a los que amó, más allá del general Belzú, el marido de quien sí se ocupa en sus textos –al fondo de *Panoramas de la vida*–, para mostrarnos su abnegación y su desilusión (las de ella) pero también para rescatar el perfil histórico de quien fuera el presidente de Bolivia (1848-1855). El mismo año en que Belzú asume por la fuerza el gobierno boliviano, Juana Manuela abre su primera escuela para niños. Es 1848; ella, una treintañera con vocación por la enseñanza de las primeras letras; él, un militar maduro con ansias de mando; ella decide no acompañarlo en el poder.

Las hijas de ambos, Edelmira y Mercedes –quienes nacen en (c.)1834 y 1835– finalmente permanecerán con su padre. En la distribución del afecto o la contención, si ésta pudiera medirse por cercanía y afinidades, ensayaríamos que Edelmira, cónyuge del general Jorge Córdoba, sucesor del suegro en la presidencia, porque éste le da paso, es la hija para Belzú. Mercedes, la poeta, casada con Ricardo Dorado y muerta prematuramente (en 1879) es la hija para Gorriti. Política de las pasiones.

Otra vuelta de tuerca hará que en 1865 suene la hora del asesinato de ese hombre y la del mayor éxito literario de Juana Manuela. En medio de las realidades más crueles y ciertos sueños alcanzados, publica –bajo la tutela generosa del doctor Vicente Gil Quesada– una colección de sus relatos conformando por primera vez un libro que le permite ingresar en otro tipo de circulación, no ya la del periódico o el folleto.

Entre todas las narraciones valiosas y de corte diverso de *Sueños y realidades* se incorpora una inicial y no por ello menos lograda, «La quena», que ya había aparecido, suelta, en La Paz en 1851. Constituye un ejemplo de líneas que reaparecerán en las obras futuras, el relato enmarcado, la estructura y la atmósfera que no ignoran *Las mil y una noches*, el toque

árabe, el gusto gótico. Hay un amor dramático y elixires que remiten a *Romeo y Julieta*, y ciertas concepciones características: la de la abnegación maternal por encima de cualquier otra fuerza, y (duele señalarlo) la del racismo. La esclava negra y, sobre todo, el astrólogo judío son los personajes paradigmáticos para vehiculizar el indisimulable rechazo. Gorriti, que integra con tal riqueza la tradición indígena, no es capaz de hacer lo mismo con las otras tradiciones que le son más ajenas; los marcados prejuicios antisemita y, en menor medida, antiafricano, que conforman marcas culturales de la época, son el vestigio más infeliz de sus textos, que la crítica nunca señala.

«La quena» halla, muchos años más tarde, una especie de epílogo en el «Manchaypuito» que presenta *La Alborada del Plata* y con pocos meses de diferencia reproduce *Misceláneas*. Gorriti traductora nos ha enseñado que detrás de la palabra «quena» late siempre lo que su etimología sabe acarrear, la pena de amor, el «Manchaypuito» es «el yaraví de ‘La quena’», es decir, la música de su instrumento de ingreso en el mundo de las letras. Junto a los ecos indígenas y telúricos de aquel relato, se ubica «El tesoro de los incas» y, en el otro extremo, «Tres noches de una historia» con llamativo escenario europeo.

Otros, como «La novia del muerto», «La hija del Mashorquero», «El lucero del Manantial; Episodio de la dictadura de don Juan Manuel de Rosas» o «Una noche de agonía; Episodio de la guerra civil argentina en 1841» dan cuenta de la importancia del rosismo como movimiento político de un largo segundo cuarto del siglo XIX y de la obvia influencia en la etapa de formación personal e intelectual de Juana Manuela, así como de las contradicciones a las que este proceso y la figura misma de Rosas la someten.

Pues a Juana Manuela, como a prácticamente todos los intelectuales del período, Rosas la fascina y la repele a un tiempo. El interior de sus ricas ficciones es también el lugar donde probar la resistencia del paradigma rosista, donde intentar el balance histórico, incluyendo la reparación, y militando en un mundo dicotómico, lleno de negros y blancos, malvados y muy buenos, donde, de súbito, se cruza una sombra; la seducción no se disimula; Rosas (en parte, acaso, como el propio Belzú) la atrae, ella le teme y lo rechaza. Lo demoniza y reconoce su fuerza. Querría, angelical, piadosamente, salvarlo.

Juana Manuela –es preciso decirlo– fue una mujer valiente. Una transgresora, pero no una marginal. Supo conciliar las necesidades que su época le imponía con su propio impulso creativo y sus dictados vitales, ganándose un espacio para concretar su deseo, con un despliegue de tácticas aún hoy admirables. Los viajes, los disfraces, los relatos. Todas le sirven para